

---

## LAS DROGAS HEROICAS

Dr. TOMAS DORIA M.  
POPAYAN

Calificase con el pomposo nombre de drogas heroicas un grupo de medicamentos de suyo venenosos y de manejo difícil aun para el más hábil en el arte de la terapéutica, y los cuales han sido escogidos, con inclinación desviada y peligrosa, para entregarse a una serie de estados psicopáticos, en los que juega el principal papel la costumbre invencible de un veneno y con los cuales la humanidad ha sufrido un golpe trágico en sus raíces más profundas, cuales son la procreación misma y la conservación de la vida.

Esta palabra *heroica*, epíteto elástico y cuya significación en este caso es muy difícil de interpretar, no puede tener otro origen que los esfuerzos verdaderamente heroicos que el enviciado a la morfina o a la cocaína pone en juego cuando la droga le hace falta. Y a la verdad que no hay consideración deontológica, no hay reflexión científica, no hay disposiciones terminantes de los Gobiernos, no hay vigilancia de la policía, no hay negativas de los médicos, no hay dificultades pecuniarias que no sean atropelladas y fácilmente vencidas por estos maestros de la simulación y la mentira.

Todos los vínculos de familia; todas las altas posiciones sociales; todos los talentos más preclaros; todos los ingenios artísticos; todas las preseas militares; todos los anexos más nobles de la amistad y de la familia, cuando se ven adheridos a esta cadena adormecedora, se derriban tristemente y se prosternan de rodillas ante este fascinador ídolo hipnótico.

Las drogas heroicas se dividen en dos clases principales: las que proceden del opio y sus derivados y las que se desprenden de la cocaína y sus sales. A éstas pueden añadirse el haschish y el éter sulfúrico, como sucedáneos de los dos primeros.

El opio es el látex concreto extraído de las cápsulas de una planta herbácea de la familia de las Papaveráceas, llamada "el papaver somniferum", que crece en diferentes latitudes y climas y cuyo cultivo es relativamente fácil. Estas cápsulas son cortadas a lo largo, sin herir el mesocarpo que contiene los vasos latixíferos. Las incisiones dejan salir el látex que se va concretando a la manera de unos grumos de un aspecto bruno oscuro, de un olor viroso y de un sabor acre y amargo.

No todos los opios tienen la misma riqueza en morfina; y se afirma que entre los opios orientales, el opio de Esmirna es el más acep-

tado en el comercio como el más rico, porque contiene un diez o un quince por ciento de morfina. En la China el cultivo del opio para fomentar el vicio de los comedores y de los fumadores de opio, está por encima, en extensión y en valor, sobre los cultivos de todos los cereales, y hay quienes afirman que algunas de las hambrunas orientales son atribuibles a la predilección que se le ha dado en el Oriente al cultivo de esta planta y al abandono de las siembras más útiles y necesarias para la alimentación humana.

El principal alcaloide del opio es, como todo mundo lo sabe, la morfina; y hoy figura en primera línea el clorhidrato de etil-morfina llamado comúnmente heroína, el cual sin duda alguna tiene una acción analgésica más inmediata y prolongada que la de la morfina misma. Luégo vienen la *codeína*, la narceína, la tebaína y otros alcaloides que tienen una acción parecida a la de la morfina, pero menos activa y a veces distinta.

La acción de la morfina, bien sea inyectada, bien sea ingerida por la vía gástrica, tiene una predilección especial por los centros nerviosos cerebro-espinales; en el cerebro las grandes células piramidales, las pequeñas células piramidales y las células polimorfas, se ven directamente afectadas por el alcaloide; parece que la impregnación del protoplasma por el narcótico modificara seriamente la inervación y la fuerza esencial de la neurona; juzgaríase que los prolongamientos dendríticos se retrajeran fuertemente y determinaran un como aislamiento de cada uno de los centros celulares; dijérase que cada neurona lleva por medio de su prolongamiento cilindro-eje la anestesia hacia otros centros nerviosos vecinos o lejanos. De aquí que el individuo se encuentre como aislado del medio exterior, sumido dentro de sí mismo en una beatitud enfermiza; no siente el menor dolor; todos los colores del horizonte se aclaran; el mundo sonríe en su alrededor y se cree transportado, por una acción mágica y milagrosa, a otros mundos donde el espíritu está estático y satisfecho.

Semejante estado psicopático, que le ocasiona a la célula nerviosa un enorme desgaste funcional y que le hace perder tan buena cantidad de fósforo, deja el cerebro, cuando pasa la acción vehemente del narcótico, completamente desgastado y vencido. La mente no puede casi ni pensar en ese estado de postración en que el veneno la deja; las ideas vienen confusamente; la cerebración intelectual se encuentra atónita y postrada y el hombre cae, desde aquel cirro dorado de nubes en que hacia un momento se encontraba, a la triste realidad de la vida, a las necesidades urgentes del trabajo y del sustento diarios, a las obligaciones de familia y a todo lo que tiene la vida de amargo y desengañoso; y esta misma situación le sugiere inmediatamente la idea de la nueva inyección, la necesidad urgente de tomar de nuevo el veneno, la impaciencia por encontrarlo inmediatamente, el sudor frío de la lucha estéril si no lo encuentra, y la desesperación cruel, la cólera y las tentativas de suicidio si no se realizan fácilmente sus deseos.

Este cuadro, conmovedor y trágico, que traduce una aguda neuropatía ocasionada por el veneno, se repite a diario en el camino de la vida de quien por desventura cae en los lazos traidores de la morfino-manía. Por desgracia este vicio está adquiriendo en el mundo proporciones gigantescas; quién creyera que en los núcleos más sobresalientes por su inteligencia y su ilustración, en el cuerpo médico, en los altos oficiales del ejército, en los grandes artistas, ha escogido el vicio las cabezas más sobresalientes! Tal es la tendencia que la humanidad tiene a la sensualidad y tal la manera como la juventud misma busca los peligros que en nada se nota tanto la aleva contagiosidad, como en el vicio de la morfina. El número de prosélitos aumenta día por día; los que ayer fueron atletas del trabajo, hoy son esclavos humildes de un ídolo ridículo; los que enantes fueron titanes del genio y de la empresa, yacen postrados como soldados vencidos, como un ejército de ilotas, delante de una jeringuilla hipodérmica.

La acción del veneno sobre la medula espinal ha sido estudiada con mucha perfección; el veneno obra sobre las células de los cuernos posteriores, disminuyendo su poder reflejo; todas las sensaciones desagradables de la periferia se ven modificadas a su paso por los cuernos posteriores; se hallan transformadas en sensibilidad agradable, en efectos mágicos de aislamiento y en tranquilidad completa del cuerpo. Luégo los cuernos anteriores se ven también afectados; parece que estas neuronas recibieran por medio del cordón piramidal la anestesia róldánica; podría creerse que dentro del protoplasma mismo de la célula hay algún cambio histológico que genere la sensación anodina; el morfinómano anda como a un metro por encima de la superficie del suelo; la embriaguez lo mantiene indiferente del mundo que lo rodea; todas las imágenes pasan por sus ojos como en una enorme cinta cinematográfica, y nada lo desanima ni lo acobarda. Pero esta situación no es eterna; la acción del alcaloide es pasajera, y las células medulares quedarán en un agotamiento igual a aquel en que quedó el cerebro; las piernas no tendrán fuerza para sostener el cuerpo; se sentirá un cansancio enorme; un malestar indecible que exigirá momento por momento la repetición de la droga, y el aumento progresivo de la dosis.

No hay para qué considerar la parte social y moral de este asunto, ni ella entra en el programa de esta conferencia; sólo quiero apreciar la parte médica y dar a entender que los desórdenes que produce la morfina sobre los centros cerebro-espinales, conducen rápidamente a la locura; que todas las secreciones glandulares se disminuyen de una manera importantísima y especialmente la saliva, el jugo gástrico, el jugo intestinal, la bilis y el jugo pancreático. Añádase a esto que con una digestión tan lenta y tan difícil la nutrición se hace cada vez más pobre y débil; la asimilación se suspende en gran parte y sólo la fosa-turia y la desnutrición hacen relieve en el mecanismo orgánico. Y hay algo más grave y es que existe un grupo de médicos especialistas en neurología, gentes que han dedicado su vida a esta clase de estudios,

que sostienen, ante el público y ante la faz de la prensa, que la morfinomanía es incurable.

Todos los métodos de aislamiento, todos los regímenes dietéticos, todos los sucedáneos del alcaloide, todos los consejos de familia, todas las juntas médicas han fracasado ante la fuerza de semejante inclinación. Enormes sanatorios hay en el mundo establecidos por los gobiernos con este fin y sujetos a las condiciones más estrictas, a las aplicaciones médicas mejor dirigidas, a los métodos mejor recomendados, a las consideraciones más prolijas, pero si algo se logra durante las estancias de hospital, la reincidencia sobreviene si el enfermo se ve libre. Ni la fuerza, ni el buen trato, ni los gritos, ni los consejos, ni las insinuaciones, ni los ejemplos, ni las historias de los muertos, ni la estadística de los suicidios, ni las ruinas y miserias de las familias acomodadas son capaces de sacar a un hombre de semejante abismo en que lo tiene agarrado un monstruo tentacular, un pulpo que no cede un momento en su fuerza, y que, como la cabeza de Medusa, tiene sus ojos rodeados por las serpientes de la hipnosis morfínica. La sangre se empobrece; y, ya lo dijo Víctor Hugo en esa gran frase lapidaria de "Los Trabajadores del Mar", que si es desagradable ser comido, más triste y doloroso aún y más trágico es ser bebido; y en efecto la morfina disminuye el medio interior, seca el cuerpo y lo bebe como la ventosa de un pulpo y de allí que el morfinómano sea un hombre exangüe, un espejro que cruza por la vida sin amor y sin estímulo, cogiendo con una mano el borde de la tumba y con la otra una ampolla de clorhidrato de morfina.

La cocaína es el alcaloide extraído de una planta, arbusto subleñoso, que crece en los climas ardientes y cuyo nombre científico es "Erhytroxilon coca", de la familia de las esterculiáceas, corresponde al color hermosamente rojo bermellón de sus flores. Esta planta tiene unas hojas pequeñas que todo el mundo conoce, ligeramente amarillasas y que encierran un principio en extremo activo que se llama la cocaína.

Desde tiempos muy antiguos los indios de la América Meridional atribuían a esta planta propiedades milagrosas; la consideraban como engañadora del hambre y como un producto tal que mitigaba el cansancio y permitía hacer enormes jornadas de a pie sin sufrir la menor hambre ni fatiga.

Hoy el uso inmoderado de la cocaína se ha convertido en el mundo en un vicio que puede decirse tiene más adictos y prosélitos que la misma morfinomanía. Legiones enormes de mujeres y de hombres acuden sedientos de placer y de locura a recibir consuelo de este prodigioso alcaloide. Todos los países del mundo, todas las instituciones de beneficencia, las facultades universitarias, los centros oficiales de higiene y de pedagogía, las escuelas militares, los institutos médicos, se están preocupando permanentemente por dictar conferencias y dar consejos a los jóvenes para librados de tan terrible avalancha. Todos los

congresos del mundo profieren las leyes más estrictas; la vigilancia más minuciosa de los puertos; ordenan el esculque de todas las personas sospechosas para evitar la introducción a los países de esta droga tan maléfica; pero todo es inútil; los proveedores tienen más habilidad que los mismos que dictan las leyes; ellos consultan todas las circunstancias del desembarque; compran con grandes sumas a los guardias de los muelles; engañan a la autoridad más vigilante y burlan tristemente al más hábil de los detectives. Dos cosas dirigen el éxito de este comercio ilícito: las ganancias pingües que produce a los proveedores y las satisfacciones inmensas e incomparables que ocasiona en los clientes.

Por fortuna la humanidad no se compone únicamente de gente mala y los hombres de bien, los criterios que serena y honradamente dirigen la suerte de las naciones, los verdaderos pedagogos que forman la juventud para el bien y le inculcan las nociones de la honradez, del estudio y del trabajo, hacen diariamente esfuerzos y laboran por todos los medios posibles para que el mundo no se vea abrasado en la llama de este degradante vicio.

La acción de la cocaína se ve claramente obrar sobre las extremidades nerviosas sensitivas; todo el mundo conoce sus aplicaciones quirúrgicas; sabe su enorme empleo en odontología y por tanto a nadie se le oculta que la acción médica de la cocaína se dirige a las extremidades de los nervios sensitivos; pero no hay duda ninguna que cuando la dosis traspasa los límites terapéuticos, la cocaína busca los centros nerviosos. Créese que la célula nerviosa queda como estupefacta y la inervación se altera en el sentido de que disminuida en el principio su fuerza, tiene luégo una excitación patológica.

No sólo los grandes centros psicomotores rolárdicos, insulares, optoestriados o ventriculares se ven impresionados por la acción de esta droga. Dícese y con razón que los centros sensoriales son los que más se alteran bajo el influjo del veneno. Las circunvoluciones témporo-occipitales, el lóbulo fusiforme, que son los centros sensoriales auditivos, los centros ópticos o puntos centrales de la visión que son las circunvoluciones occipitales que quedan en derredor de la cisura calcarina; la gran circunvolución límbica, la circunvolución del hipocampo, la circunvolución del cuerpo calloso, consideradas estas últimas como centros olfativos; los tálamos ópticos como centros probables de la risa, el n úcleo rojo de Stiling, el *locus niger* de Soemering, se ven afectados por la fuerza de la cocaína. Y en efecto, se observan alucinaciones de todos los sentidos, así: del lado de la vista, visiones fantásticas, figuras matizadas de colores, panoramas de campos verdes, ríos de aguas cristalinas, bosques de verdura imaginaria aparecen en el horizonte del cocainómano; luégo sobrevienen las sensaciones auditivas; armonías lejanas, voces de instrumentos desconocidos, cantos de mujeres, trinos de aves, todo esto se oye y se cree de una realidad auténtica mientras dura la acción del veneno; pero cuando ya cede la

fuerza del tóxico, el desfallecimiento es enorme, el insomnio cruel, la inteligencia muerta, la voluntad perdida y la razón vacilante y trémula.

La facilidad con que la cocaína se absorbe por todas las mucosas, especialmente por la mucosa de las encías, por la de la boca en general y por las de las vías gastro-intestinales, facilita mucho la propagación del vicio. No se necesita estarse inyectando la droga; basta comerla, basta frotarla sobre las encías y hasta absorber el polvo mismo por la mucosa nasal. Todas estas facilidades han hecho de la cocaína un método muy fácil de hacerse al vicio, y además los prácticos en el asunto comprenden que es un medicamento más conseguible y un producto más barato y menos difícil para distribuir. Yo me atrevo a creer que el vicio de la cocaína al revés de lo que sucede con la morfina, es curable. Por desgracia los métodos terapéuticos están vinculados al nivel moral del cocainómano; si éste es un hombre que todavía conserva algo de pundonor, si tiene idea de su propio valer, si estima en algo la posición de su familia, si persiste en él la idea del trabajo y el deseo de apoyar a los suyos, puede hacerse bastante en favor de él y sacarlo del abismo; pero si es un hombre cuyo sistema nervioso esté completamente intoxicado, si ha perdido la voluntad, lanzado a su familia en la miseria y ha perecido el sentido moral, en mi concepto es inútil el trabajo del médico.

No quisiera terminar esta corta disertación sin hablar ligeramente del cáñamo indio y del éter sulfúrico como sucedáneos de las drogas que acabamos de analizar. El haschish es un extracto obtenido con cimas florecidas del cáñamo indio, —cannabis indica— cuya preparación no es siempre constante, pues según se dice, los haschish con que se comercia en Europa suelen tener buena cantidad de opio y de cantáridas; pero lo que sí se sabe a punto fijo, es que tiene un alcaloide volátil y otro tetanizante y que además existe un extracto alcohólico llamado haschisina, que es la preparación más activa y al mismo tiempo la más energética.

El haschish produce al principio alucinaciones y una particular embriaguez que nunca ha llevado a la pérdida del conocimiento. La persona que toma el haschish experimenta ante todo una gran sensación de bienestar, con alucinaciones psico-sensoriales, y un estado de éxtasis permanente; el cuerpo está tranquilo, la imaginación se ocupa en enormes fantasías, de las cosas que más le agradan al intoxicado; entre los orientales, cuya fantasía es tan brillante, aparecen las imágenes polimorfas de los campos más risueños, las visiones más pródigas en atracción y belleza. Un subdelirio suave domina el cuadro; la voz emplea un murmullo confuso modulando palabras incoherentes relacionadas con las escenas que la calenturienta imaginación desarrolla; sonidos también se escuchan y hay alucinaciones de los demás sentidos. Las concepciones delirantes se acentúan momento por momento y si la dosis ha sido alta, una hipnosis letárgica, un sueño invencible se apodera del enfermo que se ausenta por bastantes horas del mundo.

Al despertar todo ha cambiado, se ve tristemente rodeado de los objetos de su habitación, se sorprende al ver a las personas de su familia; cree por lo pronto que acaba de llegar de un viaje largo, sin contratiempos, y experimenta un desfallecimiento que lo obliga a guardar cama durante algunos días.

Tal es el cuadro tétrico de este nuevo vicio, de este recuiso ingenioso de los orientales, de este llamado, con palpable ironía, moderador del sistema nervioso y que para decir verdad, es muy poco lo que puede servirnos a los médicos en la terapéutica racional y no es otra cosa que un sucedáneo hipócrita de la morfina y de la cocaína, un disfrazador de los analgésicos y un veneno de los centros nerviosos.

El éter sulfúrico, llamado también éter etílico o sulfato de etilo y denominado en ocasiones éter anestésico o éter oficial químicamente puro, es un líquido incoloro, de un olor suave y penetrante y de un sabor ardiente y muy fácilmente inflamable. Este producto, tan útil en medicina operatoria y tan aprovechable bajo muchos puntos de vista en la terapéutica normal, ha sido también cogido por los prosélitos de la ociosidad, para hacer un vicio detestable y muy extendido.

Las inhalaciones débiles de este producto ocasionan un estado de embriaguez que puede variar según la cantidad inhalada y según la profundidad de las inspiraciones. Una alegría inesperada; una risa fuerte y casi convulsiva aparece desde el principio; sigue una sobreexcitación motora y sensitiva con un ligero subdelirio, hasta que viene la pérdida del conocimiento, la relajación muscular completa, la insensibilidad absoluta, y esta es la anestesia quirúrgica.

Los que se han acostumbrado a este vicio viven solicitando del éter las sensaciones que acabamos de apuntar; no pueden vivir en tranquilidad si no están bajo la acción del tóxico; lo buscan con avidez, lo compran a cualquier precio y el eterómano sacrifica todo para obtener la droga. El envenenamiento por el éter es lento, pero el efecto sobre el sistema nervioso no se hace esperar y el delirium tremens se ve aparecer muy pronto, como en la intoxicación alcohólica.

La costumbre va obligando al enfermo a aumentar la dosis y llega a consumir cantidades increíbles del líquido. Los signos del lado del sistema nervioso se acentúan más y más. El delirio puede durar varios días. El eterómano no se preocupa de su trabajo ni de su familia; le importa muy poco su posición social y desprecia los bienes de fortuna. En cambio sueña en cada momento con esa hilaridad enfermiza, con ese sonreír permanente sin recordar un momento que ya su voluntad está perdida, que ya figura en la sociedad como un naufrago de la vida y que sólo le espera la tumba sobre la cual no habrá tal vez quien vierta el tributo de una sola lágrima.

La eteromanía adquiere, al igual que las otras intoxicaciones crónicas, un gran número de secuaces por el doble motivo de que el producto es relativamente barato y además un elemento de primera nece-

sidad en cirugía y en medicina, y que es necesario tenerlo en todas partes a la mano.

Parece que la corrección no es tan difícil como la de la morfina, y se nota que suele ser frecuente, como terminación del alcoholismo.

Al concluir estas cortas frases, relacionadas con las drogas heroicas, me permite advertir que no he agotado la parte médica, o mejor dicho, la parte verdaderamente científica. Algunos vacíos quedan, y bastantes, en este asunto, tratado rápidamente en una conferencia corta; pero quiero hacer saber que este es un punto que debía discutirse con más frecuencia y con más profundidad aún, puesto que se trata de uno de los enemigos más grandes que tiene la humanidad, cuales son las drogas que degeneran el sistema nervioso.

Pero hay algo más trascendental y es hacer saber que las generaciones procedentes de los entregados a las drogas heroicas constituirán una pléyade de ineptos, un grupo de hombres con tendencia a los mismos vicios, y no esa juventud briosa, bizarra, varonil e instruida que necesita en estos momentos nuestra amada Patria.

*Dr. Doria M.*

Abril 13 de 1934.

